CAPÍTULO 59

El Tíbet de Europa

Ya hemos mencionado que el «rey prudente» esquilmó España y se gastó el dinero que tenía y el que pidió prestado en mantener el catolicismo en Europa porque era más papista que el papa. Si todavía seguimos llamando Siglo de Oro a la época de los Austrias es porque, paradójicamente, la literatura, la pintura y la mística florecieron entonces hasta alcanzar sus más altas cotas. Como las flores que crecen más bellas y lozanas en el estiércol, y como el olor de santidad que, a veces, por puro proceso químico, emanan los cadáveres.

A la España pluriforme y multirracial de la Edad Media había sucedido la reaccionaria y recelosa de los Austrias, donde la libertad causaba escándalo. Un viajado personaje de Cervantes, el morisco Ricote, ilustra a los españoles sobre la existencia de sociedades más libres: «Llegué a Alemania y allí me pareció que podía vivir con más libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia» (*Quijote*, II, 55).

España, al declararse paladín de la Contrarreforma, acató con entusiasmo las directrices del Concilio de Trento, convocado para frenar los avances del protestantismo. El pensamiento se hizo sospechoso. Se desconfiaba de los libros y de la cultura. El buen cristiano se conformaba con acatar ciegamente, con la fe del carbonero, los dogmas y enseñanzas de la Iglesia. Leer es un peligroso hábito propio de protestantes y herejes. Si uno lee, piensa, y eso puede ser peligroso. En un entremés de Cervantes, un aldea-

no analfabeto replica así a un extraño que le ha preguntado si sabe leer:

> No, por cierto. Ni tal se probará que en mi linaje haya persona de tan poco asiento que se ponga a aprender esas quimeras que llevan a los hombres al brasero [a la hoguera de la Inquisición] y a las mujeres a la casa llana [o sea, las que leen se prostituyen].

Abrumada por su destino imperial, España se convirtió en «el Tíbet de Europa» (Ortega y Gasset), se aisló en su maniqueísmo intolerante y hostil a lo extranjero, y se cerró a las ideas liberales que el Renacimiento triunfante difundía por Europa. La vida se ensombreció. La gravedad castellana impuso sus severas normas al resto del país y a sus satélites.

España se había erigido en defensora del honor de Dios. Teólogos y pensadores (de estos hubo menos) llegaron al convencimiento de que España y Dios estaban unidos por un pacto. Dios la había promocionado al rango de pueblo elegido, la protegía y le otorgaba riquezas y poder (las Américas) a cambio de que ella ejerciese como su brazo armado en la tierra, paladín de la fe verdadera contra el error de protestantes y turcos.

El honor de Dios exigía que los portadores de sangre maldita, descendientes de judíos, fuesen apartados de todo cargo o empleo oficial. No debían aspirar a nada.

Por espacio de más de un siglo, el candidato a ingresar en una orden religiosa, en una hermandad o en una cofradía, el aspirante que pretendía un cargo o un honor, un canonicato o cualquier otra sinecura en la Administración o en la Iglesia (esa secular aspiración hispánica de vivir a cargo de los presupuestos generales del Estado), tenía que presentar ante la autoridad competente un estatuto de limpieza de sangre, en el que probaba documentalmente y con testigos la pureza de su linaje, no la de sus intenciones, y que sus antepasados no habían sido moros ni judíos.

De nada sirvió que voces sensatas clamasen contra este desatino ni que algunos intelectuales denunciasen los sórdidos motivos que

se disimulaban detrás de aquellas medidas. El retoño incompetente y tarado de una familia de cristianos viejos tenía preferencia sobre el individuo inteligente y capaz pero descendiente de judíos o moros. De esta manera se dilapidaron los recursos humanos de un país ya bastante castigado demográficamente.

¿Qué pensaba la gente? El pueblo aplaudía las exigencias de la limpieza de sangre. A fin y al cabo los conversos no se habían mezclado con la gente baja, sino con la aristocracia y la burguesía. El aperreado ganapán acostumbrado a ser considerado socialmente a un nivel inferior al de los cerdos que cuidaba para el señor descubría de pronto que tenía un motivo para sentirse importante. Aunque perteneciera a lo más bajo de la escala social, podía mirar por encima del hombro a sus vecinos de mayor posición y riqueza, pero manchados con el estigma de una bisabuela judía o un pariente converso.

Los desheredados de la fortuna descubrieron que tenían pedigrí y se aferraron a él como lapas. Ser limpio de sangre, descendiente de cristianos viejos, sin mezcla alguna de judío, de moro o de hereje, era un honor del que otros más ricos o nobles no podían presumir. Los nobles tenían honra, excelencia y virtud heredadas de su linaje; los pobres tenían un don más precioso: el honor, es decir, la pureza de sangre. «El honor es patrimonio del alma y el alma solo es de Dios», que diría Calderón.

Con la paulatina degradación de la vida social, cundieron la miseria moral, la incultura, el fanatismo religioso y el desprecio al trabajo, actitudes propias de la aristocracia a la que ahora imitaba el pueblo animado por su concepto del honor. La figura del hidalgo pobre y hambriento retratado por el *Lazarillo* abundó más de lo que pudiera parecer. En un país eminentemente agrícola, los campos estaban abandonados. Cualquier pretexto era válido para declarar día feriado. Las jornadas laborables del año apenas llegaban a cien.

En este clima de apatía, las costumbres se corrompieron, el trabajo se consideró marca de bajeza y muchos individuos que en otra circunstancia se hubieran enorgullecido de ser buenos arte-

sanos o labradores se hicieron pícaros, en las mismas lindes de la delincuencia cuando no dentro de ella. Nubes de mendigos invadían los caminos e iban de una ciudad a otra, especialmente a la rica Sevilla, puerto de Indias, trampeando con la vida. También es de suponer que entre ellos habría muchos que sencillamente no tenían trabajo aunque lo buscaran, dado lo demencial de una economía que fomentaba las importaciones y adquiría productos manufacturados a precio de oro con la materia prima que ella misma exportaba. Muchos se empleaban como criados solo por la comida. En alguna ocasión un señor al que se censuraba su excesivo número de criados replicó: «No los tengo porque los necesite, sino porque ellos me necesitan a mí».

En materia moral, las costumbres libres del periodo anterior se corrigieron, al menos externamente, con singular hipocresía. En el imperio de la doble moral, la obsesión del pecado de la carne enturbiaba las relaciones entre los dos sexos: «Nuestros sentidos están ayunos de lo que es la mujer —escribe Quevedo— y ahítos de lo que parece».

Vida del pícaro Guzmán de Alfarache, editada en Amberes, 1681.

Y al final para nada. Se ganaban batallas, pero se perdía la guerra. Felipe II ya a las puertas de la muerte debió de intuirlo, aunque nunca dio su brazo a torcer, cuando delegó la resolución del problema de Flandes a su yerno y éste, de acuerdo con el general Spínola (el genovés a sueldo de España que recibe la llave en *La rendición de Breda* de Velázquez), adoptó la sensata decisión de negociar con los rebeldes holandeses y liquidar por la vía rápida aquel cáncer. Los protestantes holandeses obtuvieron su independencia.

Liquidado el problema de Flandes, y con Francia e Inglaterra temporalmente fuera de juego debido a sus problemas internos, sucedió un raro periodo de paz que abarcó casi veinte años. España creció. Sus enemigos no la molestaban. Fue como una apacible jubilación para un agotado país ya a punto de abandonar para siempre el club de las grandes potencias. Conservaba aún su formidable Imperio colonial y sus tropas todavía invencibles estaban acantonadas en los Países Bajos, en Italia y en el Rin, pero ya la nave del Estado antaño temible hacía aguas por todas partes.

España carecía de una política exterior coherente. El Gobierno mantenía espías en las cortes de Europa, a cuyos funcionarios y aristócratas sobornaba espléndidamente, todavía obsesionado por los compromisos dinásticos de los Habsburgo-Austria, pero no sacaba provecho alguno de estos dispendios.

Fue una suerte que, en 1617, el duque de Lerma cayera por fin en desgracia, pero cuatro años más tarde el rey murió y su hijo y sucesor, Felipe IV, dejó el gobierno en manos de otro valido, el conde duque de Olivares.

Monedas de los Austrias.

CAPÍTULO 61

Se van los moros

La guinda que adornó la tarta de la desastrosa política económica fue la expulsión de los moriscos. Después de la derrota y dispersión de los antiguos habitantes del reino de Granada en tiempos de Felipe II, la población morisca se concentraba principalmente en el reino de Valencia y en Aragón.

Como si no tuviera otra cosa en que ocuparse, el Gobierno, o el desgobierno, dio en pensar que ya iba siendo hora de resolver el problema morisco, esa verruga peluda que afeaba la blanca epidermis de sus reinos. El pueblo odiaba a los moriscos; la Iglesia desconfiaba de la sinceridad de su conversión, y el rey, beato y supersticioso, estaba convencido (o lo convencían sus confesores) de que las calamidades que aquejaban al país podían ser el castigo de Dios por tolerar súbditos herejes (agravado por el hecho de que se había visto obligado a firmar paces con los luteranos).

Volvió a plantearse si convenía expulsar a los moriscos. Nuevamente se alzaron voces en defensa de aquellos cuitados, especialmente de los patronos que se quedaban sin aparceros ni quien les cuidara las huertas. Los moriscos eran laboriosos y frugales labriegos que cultivaban arroz y caña de azúcar, y vivían en paz y contentos. Los grandes señores propietarios de la tierra los cuidaban como las hormigas cuidan a sus pulgones. «El que tiene moro, tiene un tesoro.» Y, lo más importante de todo, pagaban impuestos en un país donde entre privilegios, fueros y franquicias, el ministro de Hacienda se las veía y se las deseaba para arrancar un miserable óbolo a la ciudadanía.

Tras viva discusión, la opinión de expulsarlos prevaleció sobre la de los que arbitraban otras soluciones para el problema.[128]

En 1614, entre trescientos mil y medio millón de moriscos abandonaron España, lo que produjo los desastrosos efectos económicos que se preveían. Es posible que el fisco perdiera la mitad de los ingresos. Algunas comarcas tardarían siglos en recuperar el pulso económico, especialmente en Aragón, donde los expulsados constituían casi la mitad de la población agraria.

Los últimos moros abandonaron el país con lágrimas en los ojos. Atrás quedaron, llorando a lágrima viva, los dueños de la tierra que tuvieron que reconvertir sus feraces arrozales y campos de azúcar en viñedos, un cultivo que, aunque no requería tanta mano de obra, rentaba mucho menos. También quedaron con una mano detrás y otra delante los inquisidores aragoneses y valencianos que, de pronto, se veían privados de su principal clientela.

Para los países del Magreb, principales receptores de los exiliados, la llegada de los moriscos españoles supuso un poderoso refuerzo demográfico y cultural, pues el nivel de los recién llegados en todos los órdenes (técnico, económico, cultural) era muy superior al de las poblaciones autóctonas que los recibían.

128. Esclavizarlos, castrarlos para que no se reprodujeran o deportarlos a la isla de los Bacalaos (así llamaban a Terranova). Cuando se decidió enviarlos al Magreb, aún hubo un piadoso obispo que sugirió embarcarlos en naves desfondadas que naufragaran antes de alcanzar las costas de la Berbería, donde se daba por hecho que renegarían de la verdadera fe, o sea, de la cristiana. Estas medidas no dejan de guardar cierta similitud con las que Alemania arbitró en 1942 con los judíos europeos. Afortunadamente, nuestros ancestros no fueron tan bestias y desoyeron al prelado.

CAPÍTULO 62

Morir de un calentón

Se dice que Felipe III murió prematuramente, a los cuarenta y tres años de edad, por culpa de uno los muchos usos absurdos que imponía el rígido protocolo de la corte Austria. Yo lo cuento y el lector lo cree o no, que por algo es escéptico. Era marzo, que en Madrid puede ser mes crudo y siberiano, y habían colocado un potente brasero tan cerca del rey que este comenzó a sudar copiosamente en su sillita de oro. El marqués de Tobar comentó al duque de Sessa que quizá convenía retirar un poco el brasero, que «su majestad se nos está socarrando», pero, por cuestiones de protocolo, ese preciso cometido correspondía al duque de Uceda. Buscaron al duque de Uceda, pero se había ausentado del Alcázar y cuando pudieron localizarlo y traerlo, el rey estaba ya empapado de sudor. Aquella misma noche se le declaró una erisipela que se lo llevó al sepulcro.

Exponer el minucioso, puntilloso y chuminoso protocolo vigente en la corte de los Austrias sería cosa de nunca acabar. Bástenos otro ejemplo para demostrar hasta qué absurdo extremo puede llegar el endiosamiento de las personas. En una ocasión un pueblo famoso por las medias que fabricaban sus artesanos quiso regalar a la reina un lote de estas prendas, pero el presente fue rechazado airadamente por el mayordomo real: «Habéis de saber —le dijo al alcalde— que las reinas de España no tienen piernas».

En la corte Austria nadie podía volver a montar un caballo en el que hubiese cabalgado el rey, y la misma ley afectaba a las amantes reales, lo que determinó que muchas de ellas, apagados